

Nota

Acerca de la «esquizia» del ojo y de la mirada: aportes a la distinción en neurosis y en psicosis

LORENA CECILIA LÓPEZ STEINMETZ

LORENA CECILIA LÓPEZ STEINMETZ
Doctora en Psicología.
Instituto de Investigaciones
Psicológicas (IIPsi),
Consejo Nacional de
Investigaciones Científicas y
Técnicas (CONICET),
Universidad Nacional de
Córdoba (UNC).
Córdoba, R. Argentina.

FECHA DE RECEPCIÓN: 20/04/2019

FECHA DE ACEPTACIÓN: 31/05/2019

En este trabajo repasamos brevemente algunos elementos de constitución del sujeto, con base en los cuales presentamos articulaciones teóricas y reflexiones en torno al tópico de la «esquizia» del ojo y la mirada. En torno a este tópico, que es presentado en términos de disyunción, puntualizamos aspectos teóricos diferenciales en neurosis y en psicosis. Asimismo, ejemplificamos dichos aspectos diferenciales mediante la referencia a relatos de sueños popularizados por los principales referentes del psicoanálisis (Freud y Lacan) y a fragmentos de literatura. Subrayamos la presencia del ojo en la psicosis y postulamos que, tanto lo que dimos por denominar *demasiada vista* sobre el sujeto, como la *insuficiente mirada*, producen igual resultado.

Palabras clave: Freud – Lacan – Psicoanálisis – Diagnóstico diferencial – Objeto.

About the Schizia of the Eye and the Gaze: Contributions to the Distinction in Neurosis and in Psychosis

This paper, briefly reviews some constituent elements of the subject, based on which theoretical articulations and reflections are presented on the topic of the schizia of the eye and the gaze. Around this topic, which is presented in terms of disjunction, differential theoretical aspects in neurosis and in psychosis are pointed out. Likewise, these differential aspects are exemplified by referring to dreams that were popularized by the main references of psychoanalysis (Freud and Lacan) and excerpts from literature. It is possible to highlight the presence of the eye in psychosis and to postulate that both the so called *too much sight* on the subject, as well as the *insufficient gaze*, produce the same result.

Keywords: Freud – Lacan – Psychoanalysis – Differential Diagnosis – Object.

CORRESPONDENCIA
Dra. Lorena Cecilia López Steinmetz.
Bv. de la Reforma esquina
Enfermera Gordillo, s/n.
Ciudad Universitaria. CP: 5000.
Córdoba.
cecillalopezsteinmetz@hotmail.com

Algunos elementos de constitución del sujeto

El concepto de sujeto que seguimos implica la puesta en juego de los tres registros que Lacan denominó imaginario, simbólico y real, articulados en el discurso. Por lo tanto, es un concepto de sujeto diferente del sujeto del *cogito* cartesiano [2], que es un sujeto *tabula rasa*, gnoseológico, del conocimiento, que remite a la conciencia, a la autonomía del pensar, a ese «pienso» en tanto verdad, evidencia, es decir, certeza absoluta [19].

Si el lenguaje preexiste al sujeto, no hay posibilidad de devenir tal sin ser atravesado por aquél. Esto ocurre porque desde antes de nacer el sujeto ya es hablado por los padres, quienes le ponen un nombre, lo imaginan, etc., es decir, tejen en torno a él la trama de los significantes que lo determinarán. Brevemente, esto implica que el Otro —en tanto lugar, tesoro, de los significantes [13]— es correlativo del sujeto. Sin embargo, de ahí no se sigue que sea idéntico a él.¹

Ese lenguaje que preexiste al sujeto, que lo habla antes de que nazca, es del orden de la mirada. Esta mirada es un concepto abstracto, que remite a cómo la madre (función), o los padres, piensan al niño desde antes de que este nazca.

No hay entonces aparición concebible de un sujeto sino a partir de la introducción de un primer significante, el más simple: el rasgo unario. Es decir, «el rasgo unario está antes que el sujeto. *En el principio es el rasgo unario*» [15, p. 31] (destacado en el original).

En la alienación se trata de los significantes del Otro que preexisten y producen al sujeto como falta en ser [14]. Es en la alienación —primera operación que funda al sujeto— donde se produce que en la división del S (Sujeto) al A (Otro [*Autre* en francés]) se produce un resto que es el objeto *a* [16]. Al igual que en cualquier otra división aritmética, esta operación de división se puede escribir en dos columnas: en la primera, a la izquierda, el A, que es el Otro originario como lugar del signi-

ficante; en la segunda, a la derecha, el S, que es el sujeto todavía no existente, que deberá situarse luego como determinado por el significante. En esta división que, como tantas otras, no es exacta, debemos observar que:

Con respecto al Otro, el sujeto que depende de él se inscribe como un cociente. Está marcado por el rasgo unario del significante en el campo del Otro. No por eso, por así decir, deja al Otro hecho rodajas. Hay, en el sentido de la división, un resto, un residuo. Ese resto, ese Otro último, ese irracional, esa prueba y única garantía, a fin de cuentas, de la alteridad del Otro, es el *a*. [15, p. 36].

Por la alienación el sujeto se constituye como no sabiendo o como excluido del campo significativo donde se determina. Y, dicho sea de paso, el objeto *a* está también por fuera de los significantes. El sujeto no podrá aparecer más que representado por un significante para otro significante.

La madre, como significante del objeto primordial, deberá provocar la pregunta por el deseo mediante la dialéctica presencia-ausencia. A partir de la relación con la madre y con la introducción de un tercer término, se produce otra operación: la separación [16]. Esta implica que en el intervalo abierto entre dos significantes primeros, surgirá el deseo. Así, el deseo del sujeto se constituye en un punto de carencia en la medida en que el deseo de la madre es desconocido. La relación con ese primer Otro que es la madre abre la posibilidad de que aparezca la falta como es, es decir, simbólica. Esto se produce cuando el niño se da cuenta de que la madre también está castrada y el falo viene a representar la posibilidad de la falta de objeto. Es lo que Lacan muestra con la fórmula significante del Otro barrado. De allí que el advenimiento subjetivo o la realización del sujeto tenga la relación más estrecha con lo que la teoría analizó con el nombre de castración.

El significante —en tanto es lo que representa a un sujeto para otro significante [14]— da cuenta de la estructura de un sujeto que incluye el conjunto vacío. Ahora bien, el objeto *a*, causa de deseo y causa de angustia [15], como objeto metonímico, presente a través de la sucesión de las demandas como la causa misma de su repetición, puesto que es

¹ Esta cuestión pensada con elementos de topología, en términos del toro y su necesario complementario, nos acerca a la misma conclusión, ya que lo que es el sujeto no es el Otro y viceversa.

eso que ellas no pueden alcanzar y de lo cual sólo pueden carecer, ese objeto, no es otra cosa más que la presencia de un hueco, de un vacío. De allí que:

El objeto a minúscula no es el origen de la pulsión oral. No se presenta como el alimento primigenio, [sino que] se presenta porque no hay alimento alguno que satisfaga nunca la pulsión oral, a no ser contorneando el objeto enteramente faltante [16, p. 187].

Ahora podemos entender aquello que ya Freud decía, que el objeto de la pulsión de ver no es el ojo mismo [6].

La demanda es la que, en cierto punto de la estructura, debe hacer surgir el deseo constituyendo y determinando al sujeto como deseo del Otro, porque el objeto mismo, como tal, en tanto objeto del deseo, es el efecto de la imposibilidad del Otro de responder a la demanda. El objeto, irremediablemente perdido, se presenta como equivalente al objeto de la castración. El objeto del deseo se constituye en la dimensión de lo desconocido, inaprensible, es decir que como tal, es no especularizable. Pero en la medida en que la castración tuvo lugar, el sujeto puede acceder a algún tipo de realidad. En general, esta separación es lo que le permite reconocerse en el mundo, es decir, encontrar allí su propia imagen i(a).

De acuerdo a todo lo anterior, se podrían adscribir al neurótico los siguientes versos de *Loco por Elsa* de Louis Aragon, titulados «Contre-chant»:

En vano llega tu imagen a mi encuentro
Y no me entra donde estoy quien sólo la muestra
Tú volviéndote hacia mí sólo encuentras
En la pared de mi mirada tu sombra soñada
Soy ese desdichado comparable a los espejos
Que pueden reflejar pero no pueden ver
Como ellos mi ojo está vacío y como ellos habitado
Por esa ausencia tuya que lo deja cegado [16, p. 86].

Sobre la «esquizia» del ojo y de la mirada

Así planteada, esta «esquizia» se puede pensar como una disyunción, similar a la utilizada por Lacan respecto del sujeto cartesiano y mediante la cual transforma el *cogito* en: «o no pienso o no soy». No ahondaremos en ese desarrollo ya que sólo lo tomamos a los fines de pensar la disyunción a la que se

refiere la «esquizia»: o el ojo o la mirada. Esquemáticamente: cuando el objeto fue extraído, se lo busca, y hablamos con ello de estructura neurótica. En cambio, cuando el objeto no fue extraído de la realidad, retorna, aparece en lo real, se hace presente y hablamos con ello de estructura psicótica.

Voz y vista son las maneras privilegiadas, digamos, como aparece el objeto que no fue sustraído. De la voz sólo puntuaremos que en la neurosis la voz es áfona, es decir, es texto, por lo tanto para ser leída, no para ser escuchada por el sujeto. En cambio, en la psicosis el eso habla (que está en el inconsciente para el neurótico) se sonoriza y resuena por todas partes [10]. Es decir que en la psicosis hay presencia de la voz, es voz fónica.

Si el ojo y la mirada es la «esquizia» en la cual se manifiesta la pulsión escópica, podemos seguir el señalamiento de Lacan [16] respecto de Sartre en *El ser y la nada* cuando escribe que «en tanto estoy bajo la mirada, ya no veo al ojo que me mira, y si veo el ojo, entonces desaparece la mirada» [16: 91]. Precisemos de qué mirada no se trata. No es una mirada vista, o sea, no es la mirada que se ve y en relación con la que Sartre (como lo cita Lacan, [16]) resalta el sentimiento de vergüenza, cuando la mirada que sorprende reduce al sujeto a la vergüenza en el momento preciso en que él mismo, el sujeto, estaba mirando por el agujero de una cerradura. Esta mirada vista sería presencia del otro con minúscula en tanto tal.

Tampoco la mirada es *verse verse* o lo que es lo mismo, *me veo verme*. Esta ilusión de *verse verse* es correlativa del sujeto cartesiano que se capta como pensamiento, como conciencia. Anotemos con Lacan [16] que la conciencia encuentra su fundamento en la estructura vuelta de revés de la mirada. Es decir que la mirada es el envés de la conciencia. Puesto que:

En cuanto el sujeto intenta acomodarse a ella, se convierte en ese objeto puntiforme, ese punto de ser evanescente, con que el sujeto confunde su propio desfallecimiento. Por eso, de todos los objetos en los que el sujeto puede reconocer su dependencia en el registro del deseo, la mirada se especifica como inasible [16, p. 90].

Entonces, cuando hablamos de neurosis, de lo que se trata es de aquella mirada que quiere decir *me miro a través del Otro*, es decir, «es una mirada imaginada por mí en el campo del Otro» [16, p. 91]. En ese punto es que la mirada implica una enajenación a la imagen, ya que el hombre porque mira está fuera de sí —esto es, es cuando menos se puede acomodar consigo mismo— porque mira se mira en los otros y observa que lo miran.

La «esquizia» del ojo y de la mirada que tiene su fundamento en la «esquizia» del sujeto, nos lleva a la cuestión del objeto. Éste, para Freud, es un objeto que falta. Si pensamos en la primera vivencia de satisfacción, cuyo paradigma parece ser el amamantamiento, el objeto es un objeto faltante e irremediablemente perdido, a reencontrar jamás.

Lacan, luego de Freud, mantuvo esta característica que define al objeto como irremediablemente perdido. Sin embargo, Lacan sostuvo que no hay relación con el objeto sino relación con el punto de corte del objeto, es decir, hay relación con el destete. El sujeto quedó añorando aquél punto de satisfacción que a su vez significó el corte. Entonces, lo que señaló Lacan es que hay relación con los semblantes de objeto.

El neurótico, la «esquizia» del sujeto, la mirada, un sueño

Lacan utilizó el sueño paradigmático plasmado por Freud [5]² para demostrar que la «esquizia» del sujeto persiste después del despertar:

Yo soy quien vivo todo eso, no necesito pellizcarme para saber que no sueño. Pero sucede que aquí esa esquizia sólo representa la esquizia más profunda, que es preciso situar entre lo que refiere al sujeto en la maquinaria del sueño, la imagen del hijo que se acerca, con una mirada llena de reproche y, por otra parte, aquello que la causa y en lo cual cae: invocación, voz del niño, solicitud de la mirada — Padre, ¿acaso no ves [que ardo]? [16, p. 78; destacado en el original].

Y el padre despierta. Y más allá de que al despertar cierta realidad coincide con el sueño,

sabe que eso fue un sueño. Digamos, despierta completamente.

Proponemos pensar este sueño como aquello que el psicoanálisis descubre, un encuentro, una cita, siempre reiterada con un real que se escabulle. Falla el encuentro, la *tyche*, en tanto esta es «el encuentro con lo real, en tanto que esencialmente fallido» [16, p. 63].

Veamos otro ejemplo. Chuang-Tzú sueña que es una mariposa. Cuando despierta, puede preguntarse si no es la mariposa la que sueña que ella es Chuang-Tzú. Y en esto tiene razón doblemente —no doble razón, ya que no se trata aquí de un fenómeno a manera de doble conciencia—:

Primero porque eso prueba que no está loco, que no se cree de ningún modo idéntico a Chuang-Tzú — y en segundo lugar, porque no sabe cuán cierto es lo que está diciendo. Efectivamente, cuando era la mariposa discernía cierta raíz de su identidad, es decir que era y es, en su esencia, esa mariposa que se pinta con sus propios colores — y por eso, por esa raíz última, es Chuang-Tzú [16, p. 84].

Y lo importante para nosotros es que, cuando es la mariposa, no se le ocurre preguntarse si, cuando es Chuang-Tzú despierto, no es la mariposa que está soñando que es. Cuando sueña que es la mariposa, eso no significa que esté cautivado por la mariposa «es mariposa capturada, pero captura de nada, pues, en el sueño, él no es mariposa para nadie. Sólo cuando está despierto es Chuang-Tzú para los demás, está preso en sus redes de cazar mariposas» [16, p. 84]. Es decir, *no se lo toma en serio* y entonces él, como el padre del sueño anterior, también despierta.

El psicótico, la vista, el ojo

Pero si no se tratara de Chuang-Tzú, sino de Kafka, o de quien haga las veces de él, Gregorio por ejemplo [9], entonces *sí se lo tomaría en serio*, y se trataría de una certeza radical. Al neurótico la mirada sólo se le presenta bajo la forma de una «extraña contingencia, simbólica de aquello que encontramos en el horizonte y como tope de nuestra experiencia, a saber, la falta constitutiva de la angustia de castración» [16, p. 81]. En cambio, Gregorio es el objeto del fantasma de la madre.

² Nos referimos al sueño popularizado por la pregunta: «Padre, ¿entonces no ves que me abraso?» [5, p. 504].

Gregorio sueña, tiene una pesadilla y, bañado en sudor, la angustia lo despierta convertido en cucaracha. Está capturado ahí y luego también capturado en su cuarto, puesto que es cucaracha para los demás —a diferencia de Chuang-Tzú que no es mariposa para nadie—. Gregorio es cucaracha para un Otro que no es cualquiera y esto no contradice que también sea cucaracha para cualquier otro.

Por una parte, ese Otro que no es cualquiera, nos sirve para pensar, en relación a la clínica y al tratamiento, aquello de que el psicótico es el objeto del fantasma de la madre. Ubicado allí, si es el objeto, está suficientemente —y demasiado— objetivado como para que sea injustificable la iatrogenia que significa tratar de objetivarlo en el contexto de la terapéutica. Lacan decía de la ciencia que toda ella estaba transformada en un ojo. Atento a todo lo anterior, subrayamos la proposición lacaniana que reza hacer de la psicosis un asunto de sujeto.

Por otro lado, ese Otro, demasiado con mayúscula, demasiado no barrado, demasiado presente, es decir, demasiado encarnado, nos sirve para pensar lo que ocurre cuando el padre está demasiado presente. Esto es, cuando en vez de función paterna pasa a ser el Padre, encarnando La Ley. Esto involucra una objeción a las *tesis ambientalistas de la psicosis*, ya que pretenden reducir la psicosis a una falta de padre en la realidad. Pero además de ello, nos interesa esta situación en la que el niño manda «a paseo (*verwerfe*) a la ballena de la impostura» [11, p. 555] porque nos lleva a *ver* aquello en lo que, ese que dice ser el Padre, puede manifestarse en su retorno. Pensemos, por ejemplo, en un padre como el de Schreber [21]. De Un-Padre así no se puede decir, al modo ambientalista, que estaba ausente, sino que además Un-Padre así es por demás adecuado para ser transfigurado en la figura de un Dios [12]. Nada define más a un Dios que el ser Todopoderoso: onnisapiente, onnipresente, omnividente. A este *omnivoyeur*, los mortales suelen representarlo como un ojo en el cielo (a veces como un ojo en un triángulo en el cielo) o también como una voz.

Claro que por estos días, después del ocaso de los ídolos —y aún sin haber tenido que esperar a Nietzsche para que proclamara la

muerte de Dios— las sociedades actuales se contentan con ojos de no tan alto vuelo (o de no tan alta jerarquía en el linaje). Tienen sus humildes ojos contemporáneos, tienen por ejemplo *El ojo del Gran Hermano*.

Al margen de la psicosis, debe haber algún fundamento que dé cuenta de estas sociedades *esquizofrenizantes*. No nos referimos con ello a la *esquizofrenización* de la que habla Soler [23] al referirse al síntoma actual que es un síntoma autista. En cambio, preferimos pensar estas sociedades occidentales de acuerdo a los poderes panópticos, respecto de los cuales Foucault [3] dejó anunciados incluso los contornos de nuestra actual óptica estatal.

En un texto de las *Leçons sur les prisons* de Julius (como se cita en Foucault [4, p. 46]), se contraponen las civilizaciones del espectáculo a las civilizaciones de la vigilancia. Las primeras, eran civilizaciones del sacrificio y del ritual, en las que se trataba de proporcionar a todos el espectáculo de un acontecimiento único y en las que la forma arquitectónica privilegiada era el teatro. En las civilizaciones de la vigilancia, en cambio, se trata de que unos pocos controlen de forma ininterrumpida a la mayoría. Son sociedades cuya forma arquitectural privilegiada es la prisión. Tal como se señala en ese texto, la sociedad europea, que había sustituido a la religión por el Estado, ofreció un primer ejemplo de una civilización de la vigilancia. El Siglo XIX fundó así la edad del panoptismo.

De acuerdo a Foucault [3], la física del poder comprende, en primer lugar, una *óptica*, órgano de vigilancia generalizada y constante mediante la que todo debe ser observado, visto, transmitido. Es el establecimiento de un *panoptismo*. Luego, junto con la óptica, la física del poder comprende también una *mecánica* (disciplina) y una *fisiología* (normalización). Teniendo en cuenta esos desarrollos y volviendo a referirnos al campo de la psicosis, podemos decir que en tanto las relaciones de poder constituyen el *a priori* de la práctica psiquiátrica —organizando el funcionamiento de la institución manicomial, distribuyendo en su interior las relaciones entre los individuos y rigiendo las formas médicas de intervención— y en tanto estas prácticas intentan funcionar acorde al modelo de la

ciencia, en ellas, no se sitúa el llamado *ojo clínico* a un nivel metafórico sino bien real. Este *a priori* de la práctica psiquiátrica constituida en las relaciones de poder, convirtió a la infancia en el gran instrumento de la psiquiatrización.

Ahora bien, Freud [6] afirmó que el mirar precede al ser mirado. Afirmaremos, sin embargo, como lo hace Lacan [16], la pre-existencia de un dado-a-ver respecto de lo visto, es decir, la función de la mancha. Esto se desprende de la fenomenología de Merleau-Ponty que plantea la dependencia de lo visible respecto de aquello que nos pone ante el ojo del vidente. Pero el asunto es deslindar la preexistencia de una mirada, cuya formulación lacaniana sería «sólo veo desde un punto, pero en mi existencia soy mirado desde todas partes» [16, p. 80]. La reformulación de esa frase aplicada por ejemplo a los fenómenos elementales de la esquizofrenia rezaría soy *visto*.

De acuerdo a ello, Lacan [16] señaló que somos seres mirados en el espectáculo del mundo y anudó a ello una satisfacción, pero a condición de que no nos lo muestren. Así, el mundo se configura como *omnivoyeur*, pero no como exhibicionista. Ahora bien, cuando empieza a provocar nuestra mirada, empieza también la sensación de extrañeza.

Respecto de ello, pensemos por ejemplo en el film *The Truman Show*. Truman es un sujeto mirado en el espectáculo del mundo. Mientras no se lo muestran va todo bien. Pero cuando se da cuenta de ello, empiezan los problemas y el decorado del mundo resulta ser sólo eso. Un decorado. En un aspecto se distingue del panoptismo y esta diferencia estriba en las cantidades, es decir, en lo masivo de quienes miran en el caso de *The Truman Show* y el visto que es uno; o sea que es al revés de los poderes panópticos y, en cambio es similar a la referencia o alusión que caracteriza a la psicosis.

Ahora podemos señalar, respecto del sueño y la vigilia, que en esta última se elide la mirada «y se elide no sólo que eso mira, sino también que eso *muestra*» [16, p. 83]; destacado en el original). En ese sentido pensamos también la neurosis. En cambio, «en el campo del sueño (...) a las imágenes las

caracteriza el hecho de que eso muestra» [16, p. 83]; destacado en el original). Pero en este caso también se demuestra alguna forma de deslizamiento del sujeto porque la posición del soñante es, a fin de cuentas, la del que no ve:

El sujeto no ve adónde eso va a parar, se deja llevar, puede incluso, en ocasiones, distanciarse, decirse que es un sueño, pero en ningún caso puede captarse en el sueño de la misma manera que en el *cogito* cartesiano se capta como pensamiento. Puede decirse —no es más que un sueño. Pero no se capta como el que dice —A pesar de todo, soy conciencia de este sueño [16, p. 83]

Retomemos: la «esquizia» del ojo y de la mirada. Dijimos que la mirada es un objeto privilegiado. Para la neurosis, afirmamos con Lacan, que no hay relación con el objeto sino con el semblante. La mirada, entonces, no se ve. Es aquello que cae por fuera del campo «escópico» pero, a su vez, es lo que ordena ese campo. Es un punto evanescente y en tanto objeto —como todos los semblantes pulsionales— sólo puede ser captado en su función. La función de la mirada con relación al sujeto es la división. Hay en ello, a su vez, una función de captura.

Ahora bien, cuando no hay mirada aparecen los ojos. En la psicosis, el objeto *a* que no fue extraído del marco de la realidad aparece en lo real, se hace presente, como en el cuento escrito por Hoffmann [8], *El hombre de la arena*. Damos crédito al lector de conocer dicho cuento y de conocer también los desarrollos de Freud en el texto *Lo ominoso* [7]. A lo largo de dicho cuento, no sólo el ojo se hace presente —omnipresente— sino que también al final —del cuento y de su personaje Nataniel— él mismo, Nataniel, es ojo. Aquí estaríamos ante la presentificación del objeto en tanto objeto causa de angustia. De acuerdo a la fórmula lacaniana del fantasma [12], las relaciones del sujeto con los semblantes de objeto son relaciones mediadas por una operación, es decir, son *encuentros* con el objeto *mediados* por una operación (y/o/mayor/menor, representadas por el símbolo del *losange*: ◇). En cambio, cuando se produce el encuentro con el objeto sin mediación, surge la angustia [15] que, como en el caso de Nataniel, puede llevar al pasaje al

acto.³ En éste se borra el sujeto. Nataniel convertido en objeto, se lanza al vacío exclamando ¡Ah, hermosos ojos! ¡Bellos ojos! [8]. No puede preguntarse como Chuang-tzú si él cree que es ojo, o si el ojo cree que es él, porque no se trata en Nataniel de creencia sino de certeza.

En ese lanzarse al vacío de Nataniel podemos pensar la disyunción (a la que nos referíamos al hablar de la «esquizia») ya no en términos de un «o» expletivo que dijera «o lo uno o lo otro» sino en términos de «o» exclusiva que implica que aquello a lo que refiere el *vel* de la alienación, en tanto este:

Se define por una elección cuyas propiedades dependen de que en la reunión uno de los elementos entrañe que sea cual fuere la elección, su consecuencia sea *ni lo uno ni lo otro*. La elección consiste en saber si uno se propone conservar una de las partes, ya que la otra desaparece de todas formas [16, p. 219].

Es decir, «*¡la bolsa o la vida!*» [16, p. 219].

Si, como dice Freud [7], lo ominoso (*unheimlich*) no es algo nuevo o ajeno sino familiar de antiguo a la vida anímica y sólo enajenado de ella por el proceso de la represión —en esto es que el prefijo un de la palabra *unheimlich* es la marca de la represión— es entonces algo que, destinado a permanecer en lo oculto, ha salido a la luz (Schelling como se cita en Freud [7]). Eso destinado a permanecer en lo oculto puede ser pensado como la función de la mancha, ese dado-a-ver que preexiste a lo visto; o como el *eso muestra* del sueño. A su vez, lo destinado a permanecer en lo oculto recuerda a lo dicho

³ Si como dice Lacan, el suicidio es el único acto que puede salir completamente bien, es el único acto que puede ser completamente logrado [17, 18], es porque en tanto acto, pasaje al acto, no deja lugar a decir de él nada, no se le puede poner palabras para revestirlo de simbólico. En eso se acerca a la angustia porque ésta es un afecto que no engaña ya que no tiene palabras. Es decir que a diferencia del lenguaje en el cual el significante aún si se ligara a un significado no alcanzaría la cosa, el suicidio es un acto que *no erra el tiro*. Aludimos con ello y como ejemplo a De Clérambault. Como lo describe Roudinesco [20]: Gâetan el célibe, Gâetan el paranoico, Gâetan el gendarme, Gâetan el misógino, el maestro de la mirada, tras quedar ciego y someterse a una operación, no soporta no recuperar la percepción del relieve. Ubicado frente al espejo, no erra el tiro. Quedó de entonces una frase encontrada en un escrito póstumo en el que el mismo De Clérambault cuenta en detalle su operación. El informe concluye con estas palabras: «Nuestros ojos se encuentran a disposición de cualquier colega que quiera examinarlos» [1, p. 139].

respecto de la vigilia, en la que se elide el *eso muestra* y el *eso mira*. En la psicosis, eso familiar destinado a permanecer en lo oculto retorna en lo real como ojo.

Para concluir

Si bien el niño de entrada, por estructura, se encuentra en posición de objeto *a*, es en el trabajo analítico que descubriremos qué fue para el A (Otro). El pasaje por la castración es lo que posibilita la escisión entre el sujeto y el objeto.

Así, en relación al campo «escópico», el objeto mirada es el deseo en relación a ese niño (hijo), que garantiza que se constituyan los fantasmas imaginarios que surgen con la imagen de sí. Esto es, el niño ubicado como causa. El lenguaje que preexiste al sujeto es del orden de la mirada y en este sentido es que la mirada es un concepto abstracto, que remite a cómo la madre, o los padres, piensan al niño desde antes de su nacimiento. El Deseo de la Madre (DM) es el vacío que debe tener la madre para alojar al niño al nacer, aceptándolo aún en sus diferencias con lo «imaginarizado» por ella. Es decir, la madre tiene que poder asumir su propia castración, para que a partir del DM se genere la mirada. Este lugar del niño neurótico, del niño como causa, es opuesto al lugar del niño psicótico, niño que aparece como condensador de goce.

Ahora bien, cuando el sujeto se encuentra en posición de objeto, ese sujeto es objeto del deseo del Otro. Al coincidir allí la posición de sujeto con la de objeto, esto significa que el psicótico es el objeto del fantasma de la madre. Esto último ocurre cuando el DM no opera, y por tanto la madre aparece como demandante en vez de aparecer como deseante. El Ideal (I) entra entonces bajo la forma de un objeto. La madre como demandante exige al niño que funcione como ella quiere, esto es, el niño alienado al capricho materno. El discurso que debiera hacer lazo, en el caso del niño psicótico, es un signo de interrogación. Pero no es porque el Otro no exista, sino porque el Otro existe de una manera tal que el niño se transforma en gozante. Esto es, el niño como condensador de goce de los padres [22]. El niño psicótico, tiene así una relación compleja con el Otro, efecto-producto de la «forclusión» del significante del Nombre-del-Padre.

El cuerpo del niño se hace patrimonio de los

padres, ellos tienen el control sobre el cuerpo del hijo y, al surgir el niño como psicótico, el discurso médico funciona para un mayor control sobre el niño. Ese funcionamiento del discurso médico da razón a las descripciones foucaultianas, ya que aúna saber y poder [3]. Así legitimado el control, los padres se eximen de abrir la pregunta por las consecuencias de ello, por las connotaciones incestuosas de ello. Los padres posibilitan el armado de la estructura panóptica, funcionando así como *omnivoyeurs*, lo cual los ubica en el lugar del ojo encarnado.

Así, la psicosis es resultado tanto del exceso de la presencia encarnada de La Ley en el Padre —podríamos decir, por *demasiado padre* en tanto es aquél que se ubica como siendo La Ley— como de la *carencia* en el sentido de la ausencia de inscripción del significante del Nombre-del-Padre —podríamos decir, por *demasiado poco padre*—. De manera análoga, postulamos que esto que llamaremos *demasiada vista* sobre el niño, tanto como la *insuficiente mirada* producen igual resultado.

Referencias

1. Clérambault de GG. Recuerdos de un médico operado de cataratas. Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría. 1994; 14(51): 127-139.
2. Descartes R. El discurso del método. Madrid: Espasa Calpe; 1980.
3. Foucault M. Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Buenos Aires: Siglo Veintiuno; 2002.
4. Foucault M. La vida de los hombres infames. Buenos Aires: Altamira; 1996.
5. Freud S. La interpretación de los sueños (continuación). En: Obras Completas, volumen V (2da ed., 3era reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu; 1991, pp. 345-612.
6. Freud S. Pulsiones y destinos de pulsión. En: Obras Completas, volumen XIV (2da ed., 4ta reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu; 1992, pp. 105-134.
7. Freud S. Lo ominoso. En: Obras Completas, volumen XVII (2da ed., 3era reimpresión). Buenos Aires: Amorrortu; 1992, pp. 215-252.
8. Hoffmann ETA. El hombre de la arena. En: Cuentos de miedo. México: Biblioteca Digital de ILCE; s/a p. 2-43 Recuperado de http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/Colecciones/ObrasClasicas/_docs/CuentosDeMiedo_Hoffmann.pdf
9. Kafka F. La metamorfosis. Buenos Aires: Biblioteca Clarín; 2000.
10. Lacan J. El Seminario. Libro 3. Las Psicosis. Buenos Aires: Paidós; 2002.
11. Lacan J. De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En: Escritos 2 (2da ed. revisada) Buenos Aires: Siglo Veintiuno; 2014, pp. 509-557.
12. Lacan J. El Seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente. Buenos Aires: Paidós; 2001.
13. Lacan J. Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano. En: Escritos 2 (2da ed. revisada), Buenos Aires: Siglo Veintiuno; 2008, pp.755-87.
14. Lacan J. Posición del inconsciente. En: Escritos 2 (2da ed. revisada). Buenos Aires: Siglo Veintiuno; 2008, pp. 789-808.
15. Lacan J. El Seminario. Libro 10. La angustia. Buenos Aires: Paidós; 2006.
16. Lacan J. El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós; 2005.
17. Lacan J. Televisión. En: Psicoanálisis, radiofonía & televisión. Barcelona: Anagrama; 1993, pp. 74-130.
18. Lacan J. Hablo a las paredes. Buenos Aires: Paidós; 2012.
19. López Steinmetz LC. Del Dios de Schreber, del Dios de Descartes y sus respectivas concepciones de sujeto. Acta Psiquiatr Psicol Am Lat. 2009; 55(3): 196-202.
20. Roudinesco E. La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia. Volumen 2 (1925-1985). Madrid: Fundamentos; 1993.
21. Schreber DP. Memorias de un enfermo nervioso. Buenos Aires: Carlos Lohlé; 1979.
22. Soler C. Estudios sobre las psicosis. Buenos Aires: Manantial; 1991.
23. Soler C. La maldición sobre el sexo. Buenos Aires: Manantial; 2000.

Reproducción en nuestra tapa:



Carlos Rottgardt. *The End of the Sky n° 2*, 2019 (técnica mixta, 20 x 15 cm).

Agradecemos a Carlos Rottgardt, artista, docente e investigador (Universidad Nacional de las Artes, Universidad de Buenos Aires, UNA/UBA), la autorización otorgada para la reproducción.

Datos de contacto:

Carlos Rottgardt <jardin_rojo@yahoo.fr>
<http://collagesmecaniques.blogspot.com/>